

EL TRABAJO

Facundo Fagnano



Capítulo 1

Eduardo subió con esfuerzo la última bolsa -cubierta de un polvillo amarillo, molesto- al camión, que ya estaba en marcha. Se secó la frente transpirada, con la manga del buzo, sintiendo, al tiempo que lo hacía, esa satisfacción que lo asaltaba durante el crepúsculo, aquel momento en que el trabajo estaba terminado y presentía el sabor del mate amargo, cebado por marta, al recibirlo. Creía que eso era el amor: un mate bien cebado en el desfallecer de las horas.

Subió al camión, en el que esperaba comiendo algunos bizcochos, Carlitos. Todo un ropero humano, el viejo Carlitos.

-Trescientas bolsas en una tarde. Nos pusimos las pilas, eh, Carlitos- dijo Eduardo al subir de un salto, mientras cerraba con un golpazo la puerta pesada del vehículo.

Carlitos no contestó. Se limitó a responder con un tímido movimiento de cabeza. Era de poco hablar, prendía el estéreo y parecía querer contestar con las letras de esas cumbias y chacareras que sonaban en la radio local.

El camión arrancó. Se balanceaba de un lado a otro, por la irregularidad del camino.

Una distracción –minúsculo descuido en la esterilidad del tiempo- hizo que todo el trabajo de una tarde se corrompiera.

Carlitos no vio un pozo, bastante grande, bastante visible. Cuando lo pisaron, el movimiento seco hizo que las bolsas de harina, recientemente acomodadas por Eduardo, cayeran como el llanto de un nene ante un golpe en la rodilla.

Desparramándose, la harina cubrió casi toda la calle y un poco de la vereda. Parecía la nieve que nunca cayó en el pueblo.

Eduardo bajó del camión y caminó, con pasos cortos y frenéticos, hasta su casa. Olvidándose, por el pequeño lapso que le llevó recorrer ese trayecto, de su trabajo.